

s que eran causa de la en-
 e con la pura y simple de
 Omnipotente, como se des-
 se notará la diferencia del
 nesis y los libros asirios.
 compete con el Génesis el
 do con el nombre de "Los
 o;" pero los que lo conocen
 erial literario no es otra cosa
 ulgaridades, y que nunca se
 Nivel de las trivialidades de la
 s pasajes más cándidos de ese
 mente, del cual se puede colegir el
 que dicha obra tiene: "Si eres sabio,
 bien tu casa; ama á tu mujer y no dis-
 ces con ella; alimentala; adórnala, porque los
 vestidos preciosos son su más grande delicia.
 Perfúmala, ponla alegre por todo el tiempo que
 vivas; ella es una bendición que su poseedor debe
 tratar como conviene á su propia dignidad. No
 le seas áspero."

Aunque se conceda que este papiro sea el libro
 más viejo del mundo, con todo, ¿quién le va á
 igualar, en valor literario, con el sublime que cam-
 pea en las páginas del Génesis? En pureza mo-

sagrados indudablemente tenían que ser anotados
 y revisados según fuera menester en el transcurso
 de los siglos, por algunos de *los antiguos hombres*
santos, en las escuelas de los profetas, que *habla-*
ban según eran movidos por el Espíritu Santo."
 Vamos á dar fin á este artículo con el juicio
 que el Doctor H. A. C. Havernick hace sobre el
 carácter histórico del libro que nos ocupa.
 "El Génesis," dice, "es un libro que consta de
 dos partes que se contrastan: la primera parte
 nos presenta los más grandes problemas de la
 mente humana, tales como la creación y la caída
 del hombre; y la segunda nos inicia en la tran-
 quila soledad de un reducido y bien definido cír-
 culo de familias. En aquella se nos describen los
 acontecimientos más sublimes y maravillosos con
 una simplicidad infantil; en ésta, por el contrario,
 las cosas más simples y comunes están entretegi-
 das con los pensamientos y reflexiones más subli-
 mes, haciendo del reducido círculo de familia todo
 un mundo de historia, y de los personajes que en
 ella intervienen, prototipos para toda una nación
 y para todos los tiempos. El contenido del libro
 es estrictamente religioso por lo general; y no
 aparece en él la menor huella de mitología; por
 esta razón no hay relatos mitológicos, porque lo

que es mitológico pertenece á la mitología, y
 el Génesis claramente manifiesta cuán lejos
 estaba del modo de pensar hebreo la poesía
 mitológica que por otra parte hubiera podido
 encontrar amplio campo para manifestarse
 cuando el escritor comenzó á bosquejar los
 primeros días de la Creación. Es verdad que
 sus narraciones están preñadas de maravillas
 primitivas, los hechos portentosos de Dios.
 Sin embargo, ninguna de estas maravillas lle-
 va un sello fantástico, y ni se hace una inú-
 til prodigalidad de ellas: todas están unidas y
 compenetradas por una idea común y domi-
 nante, y todas se relacionan con los consejos
 de Dios para la salvación del hombre. Este
 principio derrama sus rayos luminosos por
 todo el Génesis; y por este motivo las maravi-
 llas que allí se mencionan pueden adscribirse
 con tan poco fundamento á la invención é
 imaginación de los hombres como el plan com-
 plete de Dios para la salvación humana."

Después de estas elocuentes palabras, dire-
 mos para instrucción de aquellos que no lo
 sepan, que el nombre de "Génesis" no se
 aplicó al primer libro de la Biblia sino hasta
 el tercer siglo antes de Cristo, cuando se co-
 menzó á hacer la traducción griega de la Bi-
 blia, conocida con el nombre de Septuaginta.

L. G. PRIETO.

Con cuidado patern...
 "Árbol junto á arroyos de aguas,"
 "Planta suya deleitosa,"
 Es cada alma que reposa
 En sus ternezas y amor.
 Frutos demos, pues, cristianos,
 Clementes siendo y benignos,
 Y en las obras todos dignos
 De la Viña del Señor.
 LUIS G. PRIETO.

EL PRIMER LIBRO DE LA BIBLIA.

CUANDO en los años de 1849 al 1851 hizo
 Layard su segunda expedición para explorar
 las ruinas de Kujundshik, el mundo de la
 ciencia se sintió profundamente conmovido al
 saber que el ilustre explorador había descu-
 bierto en el palacio sudoeste de Senaquerib lo
 que menos se esperaba: una biblioteca com-
 puesta de millares de pequeñas láminas de
 barro con inscripciones cuneiformes, y que
 cubría el suelo de dos habitaciones hasta un
 pie de altura. Esta biblioteca era la del fa-
 moso rey literato Assurbanipal, el Sardanápo-
 lo de los griegos, que vivió 668 años antes de
 Cristo.

Estos que pudiéramos llamar libros de arcí-
 lla, encerraban un material literario tan ex-
 tenso cuanto es dable imaginar: conjuros,
 fórmulas mágicas, himnos á los dioses, leyen-
 das, epopeyas, textos astronómicos, listas cro-
 nológicas, calendarios, inscripciones históricas,
 y hasta silabarios, gramáticas y diccionarios
 estaban contenidos en las dichas tabletas.

Muchos creyeron que esta antiquísima lite-
 ratura asiria y acadia vendría á echar por
 tierra las enseñanzas y afirmaciones de la Bi-
 blia; pero los que tal cosa esperaban han visto
 con sorpresa, á la par que con cierta pesadum-
 bre, que las leyendas asirias han venido á
 confirmar lo que el Génesis relata en cuanto á la
 caída, la institución de un día de reposo, el dilu-
 vio y otras muchas cosas referentes á la historia
 de Israel.

El Génesis, pues, no ha perdido su importan-
 cia con este hallazgo; y antes bien ha crecido en va-
 lor moral, pues que las leyendas asirianas, están
 obscurecidas con supersticiones idolátricas, en
 tanto que en el Génesis, desde sus primeras pági-
 nas, se ve brillar puro y limpio el nombre del
 Dios único.

Assurbanipal asegura en las tabletas de su li-
 brería que ha mandado escribir en ellas la sabi-
 duría del dios Nebo: dios que los antiguos equi-
 paron á Mercurio; y aludiendo á la educación que
 recibió en su juventud en el palacio llamado Bit-
 Riduti (casa del harem), dice: "Yo, Assurbanipal,
 recibí allí la sabiduría del dios Nebo; aprendí
 la totalidad de las láminas escritas, todos los co-
 nocimientos de un artista; aprendí á tirar con el
 arco, á montar caballos y á guiar el tronco de un
 carro."

Assurbanipal, pues, hizo uso de conjuros y en-
 cantos supersticiosos, lo mismo que sus antecesores,
 para librarse de los demonios; creyó en el
 poder milagroso del "Mamit," que se decía ser
 una joya valiosísima caída del cielo, que se adora-
 ba en un templo y que algunas veces se llevaba
 á la cabecera de un enfermo con el fin de deste-



ral el primer libro de la Biblia excede en valor á
 todos los libros antiguos del mundo.

Desde que el médico belga Astruc, en el siglo
 pasado, fijándose en el uso que se hace en los pri-
 meros capítulos del Génesis de los nombres he-
 breos de Dios, "Jehová" y "Elohim," aventuró
 que esto puede ser indicio de que dicho libro fué
 compuesto de varios fragmentos más antiguos;
 mucho se ha disputado, formándose una escuela
 que sobre esta base sostiene no ser Moisés el au-
 tor de dicho libro.

Los teólogos protestantes han contestado vic-
 toriosamente las objeciones de esa escuela; aunque
 por otra parte algunas eminencias del protestan-
 tismo han empezado á conceder que Moisés hizo
 uso de escritos más antiguos en la composición de
 su libro. Á este propósito citamos en seguida las
 siguientes frases de Geikie: "Aparte de las legíti-
 mas pretensiones del Génesis como parte de la
 Revelación divina, su extremada antigüedad le
 da un valor indisputable. Los judíos desde tiem-
 po inmemorial han atribuido su composición á
 Moisés, y la moderna controversia no ha hecho
 nada para conmover esta creencia, aunque haya
 demostrado que el gran legislador hizo uso, como
 era natural esperar, de documentos ya antiguos
 en su día, y haya quizá señalado aquí y allí lige-
 ras adiciones de mano posterior. Pero esto no es
 sino lo que debía esperarse; porque los libros

LA ENVIDIA.

[Traducido del francés por R. M. R.]

LA envidia es el efecto negro y más secreto de
 un orgullo débil, que se siente disminuir ó apagar
 por el mayor brillo de los otros, y que no puede
 soportar la menor luz. Es el veneno más peli-
 groso del amor propio. Comienza por consumir
 al que lo vomita sobre los demás, y le conduce á
 los atentados más negros; porque el orgullo es na-
 turalmente emprendedor y quiere brillar; pero la
 envidia se oculta bajo toda clase de pretextos, y
 se complace en las prácticas más sórdidas, más
 péfidas.

La envidia, veneno de todos los corazones; de-
 cía San Gregorio Nazianzeno, es la más justa y
 la más injusta de todas las pasiones: la más in-
 justa, sin duda, porque ataca á los inocentes; pero
 á la vez la más justa, porque castiga al culpable
 y hace el suplicio justo é insoportable del que la
 alimenta en su corazón.

Pero vengamos á algo que el mundo estima
 como más importante. Envidiáis á este hombre
 en su elevación; si no se conduce dignamente en
 un empleo tan grande, ¿no es más digno de com-
 pasión que de envidia, y podéis envidiarle una
 elevación que descubre á todo el Universo sus de-
 bilidades deplorables, sus arrebatos furiosos ó su
 grosera ignorancia? Mas si obra bien en un em-
 pleo elevado, ¿por qué envidiáis al sol del que os
 alumbrá con todos los demás?—Bossuet.